

ADVERTENCIA

El siguiente material contiene lenguaje explícito, situaciones violentas y contenido sexual gráfico, se recomienda discreción. Queda terminantemente prohibido a menores de edad.

PRÓLOGO

Sentada en un rincón de la sala, Gisela no dejaba de temblar. Se había lavado las manos y la cara, pero el olor a sangre de la ropa le seguía castigando el olfato, así que se deshizo de ellas y las arrojó a un lado. No pudo hacer nada más, no en esas condiciones, no sin el instrumental adecuado. Sólo en las películas se salva a alguien con heridas así. El otro caso fue más fácil, claro: una sutura rudimentaria en la pierna y extracción de proyectil en un hombro. En su cabeza no dejaban de repetirse los sucesos que la habían llevado hasta ahí, un día más en su rutinaria vida y un evento fortuito que nada tenía que ver con ella vino a interponerse en su camino.

Había salido del suffolk heart group, como siempre, a la misma hora, saludando al mismo personal y tomando el mismo ascensor. Bajó hasta el estacionamiento subterráneo del edificio y ubicó de forma automática su espacio asignado; hasta su coche pareció encender casi por que así estaba programado. A mitad de camino, una de las arterias viales estaba cerrada por una especie de protesta, había gente enarbolando pancartas y gritando consignas con ritmos y música de fondo. Puso música en el reproductor para sofocar el ruido y tomó a tiempo una ruta alterna que rodeaba el edificio del islip town hall. Un súbito escalofrío le recorrió la espina mientras circulaba por la calmada calle.

Una débil luz apareció en el oscuro universo que era su bolso y alargó una mano para coger el móvil. Desvió la vista para desbloquear el aparato y responder el mensaje.

La música no le permitió escuchar las detonaciones que tuvieron lugar varios metros más allá y, de haber estado atenta, hubiera visto venir aquel cuerpo que se estrelló violentamente contra el coche.

Todos sus sentidos se alteraron al sentir la sacudida y el estrépito del cristal al quebrarse. No entendía nada. Intentó mover el coche, pero un mal embrague hizo que se apagara el motor.

Para su sorpresa, la puerta trasera se abrió y tres personas entraron.

No tuvo tiempo de analizar nada, de pensar, siquiera.

Un arma le apuntó a la cabeza.

-arranca! Arranca ya!- le gritaba alguien.

El coche de Gisela se lanzó convulsionando hacia adelante dos o tres veces antes de emprender una marcha más o menos uniforme.

Diez minutos más tarde, en una casa que no conocía, su corazón latía a mil por hora, sudaba copiosamente y le temblaban las manos. Había sangre por todas partes, el hombre se estaba ahogando y nada podía hacer para evitarlo. Tres impactos de bala dañaron seriamente su sistema, y uno de ellos llegó a rasgar la arteria braquial, provocando pérdida masiva de plasma; ya había entrado en shock hipovolémico cuando entraron a aquella casa.

Minutos después, el paro respiratorio, la dilatación de las pupilas y la pérdida del pulso anunciaron lo inevitable.

Lucille Brown era una mujer exitosa, cabeza de una prestigiosa firma de abogados especializados en derecho mercantil. Se graduó con honores en la escuela de leyes de Columbia, y a los veintipocos ya tenía un prometedor futuro pescando en lo que ella llamaba, la piscina de dinero más grande del mundo. Alta y esbelta, ahora a sus cincuenta y cinco años se mantenía en forma gracias a una estricta rutina de aeróbicos, llevándose las miradas de muchos y de algunas también. Ese día llevaba el cabello pintado con mechas claras sobre un fondo caoba que reducía considerablemente su edad. Sus ojos que alguna vez fueron de un azul brillante ahora se mostraban opacos, como si el paso de los años los hubiera desgastado de alguna forma.

Su clientela era la crema y nata del mundillo de las finanzas, eso, por supuesto, debido al precio de sus honorarios, y eso, a su vez, debido a su excelente gestión y eficiente equipo.

Elegantemente vestida, Lucille bajaba con paso de concurso de belleza los pulidos escalones del islip town hall, acompañada siempre de Karl Strauss, su guardaespaldas, de quien muchos sospechaban que fuera sólo un guardaespaldas, y el resto, que ese hombre había sido una pieza en el rompecabezas que había sido la muerte de su esposo seis años atrás.

-uno en posición.- dijo Strauss al aparato de radio que llevaba en la muñeca, adaptado a su reloj, con ese acento teutón que se empeñaba en no perder.

-dos en posición- respondió una voz que salía del auricular directamente a su oído.

Lucille y Karl vieron el elegante mercedes que les esperaba y se dirigieron hacia allá. Karl iba ligeramente detrás de ella y se le escapó una mirada furtiva a su ceñido talle. Le miró de nuevo de arriba a abajo y reprimió el deseo de cogerle la mano y andar a su lado. Karl había sido instructor de defensa personal años atrás, y entre sus alumnos contaba también Lucille, quien pronto le ofreció aquel empleo, era mejor remunerado y, a diferencia de cuidar a una estrella de cine o a un político prominente, los riesgos que corría Lucille eran realmente mínimos. La atracción que sentía por ella era otra cosa. Se había convertido en una lucha diaria por evitar que eso interfiriese con su labor, y a duras penas lo conseguía. Sabía perfectamente que él, pese a todos los méritos, seguía siendo un simple guardaespaldas y...

-Karl.- chilló su auricular, devolviéndole a este plano. - una sombra detrás de tí, cuidado!-

Un segundo después todo se tornó confuso y muy ruidoso. De lo único que pudo estar seguro era de los dos objetos invisibles que chocaron contra él con la fuerza de un camión, cortándole la respiración hasta dejarlo inconsciente.

Gisela Moreno tenía veintisiete años. Su piel canela contrastaba con las prendas que cubrían sólo aquellas extensiones más íntimas de su cuerpo. Era una belleza latina con todos los dotes que esas tierras del trópico parecieron regalarle. Sus ojos marrones le veían directamente y él estaba abstraído mirando sus curvas. Si se veía sensual en ropa interior, verla además empuñar el arma con ambas manos apuntándole, le provocó una creciente tensión en sus ingles.

-se acabó!- le chilló ella. Se podían ver los nervios de la chica transmitirse al plateado cuerpo de la automática. -tranquila.- replicó el malhechor, acercándose con cuidado. -se puede escapar un tiro.- ella retrocedió hasta dar con la pared, entonces su respiración se hizo más agitada.

Como un jaguar cazando, el hombre se abalanzó sobre ella, cogiéndola de las muñecas, llevando el arma hasta arriba. Ella tiró del gatillo y una fuerte detonación y una sacudida la dejó paralizada.

Lucille, que hasta ese momento se hallaba en estado casi catatónico en otro extremo de aquella sala, volvió al mundo real cuando el disparo retumbó por toda la casa.

Gisela sentía el cuerpo de aquel criminal pegado al de ella; sus ojos a un centímetro apenas. Entonces notó su erección. Él pensó en apartarse, pero la mirada desafiante de Gisela lo excitaba, además, ya era un criminal, no tenía por qué ser decente. Rozó los labios con los suyos y ella, reticente ante el atrevimiento, pensó en apartar la cara, pero sin saber en qué había fallado,

se encontró abriendo lentamente la boca, dejando entrar la lengua del hombre.

Lucille, atónita, miraba aquello y pensó enseguida que la muchacha estaba implicada. Vio que las manos de ella se relajaban, dejando caer pesadamente el arma en el suelo, rebotando apenas. Se levantó, aprovechando la oportunidad, se sacó lo que quedaba de sus finos zapatos de tacón y se acercó intentando hacer el menor ruido posible.

Cogió el arma del suelo, pero no pudo levantarse. El hombre la miraba desde arriba, aunque no había alarma en su rostro, sólo había instinto. Entonces vio que, asiendo con una mano las dos muñecas de la chica, dejaba la otra libre. Se la llevó al pantalón y bajó la cremallera, dejando escapar por la abertura, como una bestia cautiva, un grueso y fibroso miembro.

Lucille fue presa también de la adrenalina, y los colores se le agolparon en el rostro. Volvió a dejar la pistola en el suelo y cogió entre sus manos lo que ahora tenía frente a ella.

Meses de fantasear con su guardaespaldas se acumularon de pronto en su mente, y se llenó la boca con aquella sensación golosa y desinhibida.

Gisela se vio de pronto liberada, y pensó enseguida en patear a aquel tío, en empujarlo y correr, o tal vez coger de nuevo el arma y dispararle, pero en lugar de eso, se deslizó por la pared hasta quedar de rodillas junto a Lucille.

Lucille nunca había estado, ni en sueños, en una situación parecida, pero eso no le impidió hacer lo que le provocara, y en ese momento, la boca de la chica le parecía un succulento manjar. No dejó de estimular con una mano al hombre mientras su lengua jugueteaba con la de Gisela. Entonces sintió el aumento de los movimientos en su mano y se apresuró a continuar con la boca, tarea a la que se sumó también Gisela y, como dos amigas con una paleta de caramelo, lo compartieron, lamiéndola toda entre ambas hasta que al fin, y entre

*temblores involuntarios, una explosión caliente salió de
aquel volcán, llenándolas de su lava.*

Más tarde, en la habitación principal, Gabriel Sewerd, el aprendiz de secuestrador, miraba a la hermosa dama que yacía semidesnuda en la cama -y qué voy a hacer ahora?- dijo, más para sí mismo que para Lucille. Gisela estaba en la habitación contigua; había ido a darse una ducha después que todo se tranquilizó. Deshacerse de Matt... Bueno, no se deshicieron del cadáver, realmente, Gabriel se limitó a enterrarlo escuetamente en el patio trasero. -pues lo único que puedes hacer en tu posición: escapar...- la verdad no sabía qué decirle. -El plan salió muy mal, Gabriel, estás atrapado y lo sabes-. Lo que él sabía es que no había sido un buen plan, y no entendía por qué demonios se prestó para eso. Desde que se acercó a Lucille por detrás para capturarla y no oyó el disparo que esperaba, supo que todo se había ido al traste.

Miró a la mujer fijamente y recordó el momento en el que la cogió por el cuello, rodeándola con el brazo y apuntándole a la sien, ante la sorpresa del gorila que la acompañaba. El gorila debió haber sido abatido por los disparos que escuchó, pero no fue así. En cambio, vio con horror el rostro de Michael, el chofer, siendo desfigurado en un pestañeo, llenando de sangre el cristal del coche, eso le impidió avanzar, retrocediendo en consecuencia. El guardaespaldas de la retaguardia fue neutralizado por Matt mientras él disparaba dos rondas al hombretón que tenía frente a él. Luego apareció aquel coche; no era parte del plan, pero era hacer eso o terminar como un colador. Así que, usándolo a Lucille como escudo humano, la arrastró penosamente entre gritos, pataleos y varios cañones de automática apuntándole, avanzando hacia el

coche que, por alguna razón que no podía entender, parecía estar esperándolos.

Fue cuando Matt se unió a ellos y se colocó delante, intentando controlar los forcejeos de la mujer, que la lluvia de balas se desató. La mayor parte de las municiones se divirtieron destrozando cristales y carrocerías, pero tres de ellos mordieron salvajemente el cuerpo de Matt, quien cayó de bruces contra él, quien a su vez fue estampado contra el coche. Una vez dentro se percató de que no podía mover el hombro, pues una de las balas atravesó a Matt, alojándose luego en su hombro, y otra sólo rozó su pierna, pero le provocó una herida abierta que requirió varias puntadas.

-Sí entiendes que debo encender el móvil eventualmente, verdad?- continuó hablando Lucille, trayendo a Gabriel de nuevo con ella. Se acomodó mejor y las finas prendas interiores quedaron al descubierto, captando más la atención de Sewerd. -y el localizador traerá aquí a la caballería, no puedes retenernos más tiempo!- Gabriel la miró. Ella se ruborizó, sabía que "retenida" no era precisamente su condición. Él se subió a la cama tras dejar caer sus prendas. Ella detalló con ojos gatunos la forma en que los tatuajes se ajustaban a sus músculos, bajó hasta su abdomen plano y por último...

La voz de Gabriel bajó hasta un ronroneo -pero sé que puedes encender ese aparato en un par de horas...- dijo él, esperándola.

Gisela no podía creer que aquello estuviera pasando. No podía creer lo que ella misma había hecho. Qué pasó? Por qué lo hizo? Estaba drogada? No, no podía echar la culpa a algo así; conocía bien los efectos de una centena de estupefacientes, aunque nunca hubiera probado alguno. "el estado de shock?" pensó. Y aquel cadáver? La policía no tardaría en llegar y ella se vería envuelta en... No, no quería pensar en ello.

Se levantó de la cama, del catre, mejor dicho, no le importó salir en ropa interior, después de todo, no iba a usar aquella ropa ensangrentada. Se dirigió con sigilo a la otra habitación y se quedó junto a la puerta un rato.

No oía nada.

Tocó la madera con la yema de los dedos y sintió la vibración del aire acondicionado.

Casi de forma inconsciente apoyó un oído contra la puerta. No tuvo que esperar mucho ni hacer un gran esfuerzo para escuchar los gemidos y jadeos que provenían de ahí.

Cerró los ojos e imaginó la situación. Sin darse cuenta, se descubrió tocándose la entrepierna, y apartó enseguida la mano como si ardiera. Pero sus bragas estaban mojadas, ya no había remedio. Años de labor como reconocida cardiólogo le permitieron reconocer lo que significaba la creciente aceleración de sus movimientos ventriculares. También sabía perfectamente lo que conllevaba esa sensación ansiosa y

caliente que subía por su cuerpo y le hacía actuar torpemente.

Ya no pensaba con coherencia. Comenzó a frotarse por encima de las bragas húmedas, y su frecuencia respiratoria aumentó. El autoengaño podía funcionar a veces, pero saber que del otro lado de la puerta había un hombre que podía darle lo que quería, no la ayudaba en nada. Como si temiese que alguien la sorprendiera, pasó sus dedos por debajo del borde de la tela de encaje y accedió directamente a la fuente, mojándolos en ella.

No pudo más.

Con la otra mano cogió el picaporte y lo giro, abriendo la puerta, y sin un ápice de vergüenza en el rostro, miró la cama, donde aquellos dos la esperaban.

El ruido que hizo la puerta al abrirse no les importó, ya sabían que ella estaba ahí cuando, por la ranura inferior, vieron detenerse sus pies al otro lado. Sólo pararon un momento para mirarle y continuaron. Gisela se quedó un largo rato mirándolos; por un segundo pensó en dar media vuelta y regresar por donde había venido, pero su instinto era más fuerte, y la dominaba completamente. Su respiración era agitada, y su pulso acelerado; la parte animal que conoció hacía algunas horas se apoderó de ella nuevamente y, como aquella vez, no se creía capaz de controlarla. O acaso no quería?-

Se dijo que si seguía ahí de pie, su corazón terminaría por sufrir un paro. Así que se dejó llevar y se acercó a la cama.

Las piernas le temblaban cuando se despojó de las bragas, luego subió y se colocó a gatas sobre el colchón. Pasó por encima del hombre, quedando de rodillas sobre su cara. Sus ojos color marrón se encontraron con el océano azul que eran los ojos de Lucille. Una gota comenzó a rodar perezosa por una de sus piernas después de que las lenguas de las mujeres se enredaran en un juego lujurioso.

La lentísima gota no recorrió mucho espacio; fue interceptada dos centímetros después de nacer por la lengua de Gabriel, que siguió el húmedo rastro que había dejado hasta dar con el origen, provocando con aquel instrumento que manase más de aquel néctar de mujer.

La agitación de Gisela se tornó más frenética, y Gabriel era quien la provocaba moviendo la lengua más rápido, más fuerte. En el otro extremo estaba Lucille, cabalgando sobre él mientras sus manos curiosas y libertinas acariciaban el cuerpo de Gisela. Ávida de placer, Gisela no pudo controlar sus movimientos cuando Gabriel metió su lengua más adentro, provocándole un orgasmo tan violento que tuvo que frenarla un poco aferrándole los muslos con ambas manos. Algo parecido sucedió también con Lucille, porque sintió contraerse todos los músculos de la mujer al tiempo que la escuchaba lanzar al aire un único y largo gemido, más de triunfo que de otra cosa. Entonces, exhausto, Gabriel se dejó llevar por las contracciones y palpitaciones del interior de Lucille y se derramó al fin envuelto en una nube de placer.

Había caído la tarde ya, y el cansado sol intentaba ocultarse en el horizonte, lanzando tenues rayos a las fachadas. La reunión que se celebraba en la mesa de madera que adornaba el centro de la sala tenía todo el aspecto de tratarse de un plan de escape, y así era, en cierto sentido. El teléfono móvil de Lucille estaba encendido y la brillante pantalla mostraba un mensaje inquietante: UBICACIÓN COMPARTIDA CON ÉXITO. Ante semejante afirmación, Gabriel anunció: -tengo que largarme- hizo una pausa. -ya puedo mover el brazo- continuó, haciendo una mueca de dolor al mover el hombro hacia arriba. -la policía no debe tardar en venir y pretendo estar muy lejos de aquí cuando eso pase- las mujeres no dijeron nada, se limitaron a mirarse entre ellas. -lo malo es que tendré que hacerles el trabajo un poco más difícil, así que las llevaré abajo de nuevo y las ataré, así no tienen que parecer cómplices ni responder preguntas que no sabrán contestar.- todo volvió a quedar en silencio. -bueno! Digan algo, por Dios!- soltó. -pues está bien!- replicó Gisela. -qué más da!- sólo quiero que esto termine!-

Los tres bajaron al sótano donde montarían el pequeño numerito, mas sólo las mujeres se sentaron en dos toscas sillas ubicadas en los extremos de la habitación. Luego él cogió las cuerdas que usaría para atarlas de manos y pies.

Se dedicó a realizar la tarea en silencio. Por fin hizo un último movimiento pasando la cuerda debajo del nudo y listo. Se alejó un poco para observar el trabajo, bien. Se acercó de nuevo y comprobó con un tirón que no se soltaría fácilmente. Las contempló una vez más antes

de colocarles los pañuelos como mordazas. Movió la cabeza, resignado y se alejó.

Sewerd no perdió ni un segundo. Con paso rápido cogió su pistola que estaba en la mesa de plástico en el centro del sótano, comprobó el cargador; diez balas, muy bien. Se la guardó detrás, en el pantalón; no le gustaba mucho un arma apuntándole el trasero, pero le gustaba menos que le apuntara a los huevos.

Subió la escalera que daba a la casa y, en el umbral se detuvo un instante. Quiso volverse y mirar por última vez, pero no lo hizo. Luego se marchó.

La ventana hacia el patio de la casa vecina estaba abierta, claro, no podía ser de otra forma. Corrió hacia allá y, antes de salir, un ruido brusco en la puerta de entrada lo detuvo. Pálido, sacó rápidamente el arma y apuntó.

Nada.

Salió por la ventana rápidamente soltando un taco. La escalera improvisada estaba ahí a un lado. Comenzó a trepar, el dolor en su hombro derecho se incrementó en un mil por ciento al subir el primer peldaño, otro taco. Al llegar a la altura del techo, se impulsó con ambos pies y la escalera se separó de su apoyo, yendo a parar al otro lado. Sewerd se colocó en el lado opuesto y resistió el golpe cuando la escalera chocó contra la columna de la casa vecina.

Trepó de nuevo, soportando el dolor. Un ardor en su pierna derecha le hizo bajar la mirada y descubrió un líquido oscuro que le manchaba el pantalón. "mierda!" se dijo al imaginar que las puntadas se habían ido.

Fuera, escuchó el sonido que estaba esperando y se apresuró. Corrió por el tejado hasta el otro lado y ahí estaba, detenido en el bordillo, y cumpliendo su rutinaria y sucia misión, el camión recolector de escombros. Justo antes de saltar, otro sonido que también esperaba llegó por fin: sirenas policiales.

EPÍLOGO

Un adolorido Karl Strauss conducía su lujoso audi plateado por la amplia avenida Montauk highway a la máxima velocidad permitida. Se sostenía el torso instintivamente en el lugar donde tres costillas se habían quebrado con los impactos. Su expresión manifestaba una furia que apenas lograba contener, razón por la cual Steve Gerard, el oficial de la brigada anti secuestro y extorsión sentado a su lado, permanecía en absoluto silencio. Siguiendo el GPS, salieron de la avenida y tomaron el camino hacia yockel place. Tras ellos, tres coches con distintivos de la brigada y una ambulancia los seguían de cerca.

Karl aminoró la marcha cuando entraron a la zona residencial. Miró una vez más la pantalla GPS instalada en el coche y giró en una de las veredas, siguiendo siempre el puntito azul que señalaba la ubicación del móvil de Lucille.

Al llegar al punto marcado por el GPS, Karl y su copiloto se apearon del vehículo casi sin esperar que se detuviera. Gerard corría a la pos de Strauss, ambos llevaban las armas en alto, manifiesto inequívoco del funesto destino de los secuestradores.

De una violenta patada, Karl derribó la puerta principal, entrando como un vendaval; apuntando en todas direcciones. El silencio que había en la casa le permitió escuchar los quejidos y los gritos ahogados. Con una seña le indicó a Gerard que barriera la casa mientras él iba por Lucille.

No le costó ni un segundo encontrar la abertura hacia el sótano, que estaba abierta. Entró rápidamente, sin dejar de apuntar. Entonces vio a las mujeres atadas. Una en cada extremo de la habitación...

Casi a oscuras, Karl Strauss encendió un cigarrillo y dio una profunda calada. Las dos mujeres estaban siendo atendidas por el personal médico y, al parecer, se encontraban en perfecto estado. La voz de un oficial que le hablaba desde el interior de la casa quedó opacada de pronto por el ruido del motor de un camión recolector que pasaba por ahí.

Strauss no reconoció el rostro sucio del hombre que miraba asombrado el espectáculo desde la montaña de escombros...